

# México frente a la Intervención Francesa: El Discurso Histórico de Tres Autores Nacidos bajo el Imperio Austrohúngaro\*

María Claudia Macías Rodríguez\*\*  
Seoul National University, Korea

**Macías R., M. Claudia (2015), "Mexico against the French Intervention: The Historical Discourse of the Three Authors Who Were Born under the Austro-Hungarian Empire"**

## ABSTRACT

This article analyzes three conceptualizations of the representation of the French intervention in Mexico of the 19th century. Focusing on the image of the president Benito Juárez, we have selected the work of three authors who were born under the Austro-Hungarian Empire. Two of the authors wrote on Mexican history, while the other was a playwright, producing their works at the beginning and end of the 20th century. This work emphasizes the style differences and the sense of the historical discourses which show the specific interests of each author, and the nature of the division between history and fiction which is not so forceful in the historical record, as also claimed in the respective works of Hayden White and Paul Ricoeur.

**Key Words:** Juárez, historical discourse, Corti, Werfel, Bazant

“Languages are not only the expression of those who speak them,  
but at the same time they are also the secret truth  
about those who speak them.  
They are the warrants that accompany the nations  
to the end of their history.”

[Franz Werfel (1947), “Theologoumena”, en *Between Heaven and Earth*, 169]

---

\* This work was supported by the Seoul National University Research Grant.

\*\* Claudia Macías is associate professor in the Department of Hispanic Language and Literature at Seoul National University (Email: maciascl@snu.ac.kr).

## INTRODUCCIÓN

El gobierno de Benito Juárez declara, en 1861, que dejará de pagar la deuda a España, Gran Bretaña y Francia por la situación económica en crisis que atraviesa el país, como consecuencia de la lucha entre conservadores y liberales en la llamada Guerra de Reforma. Los tres afectados planean intervenir militarmente en México para exigir el pago, mediante la firma en Londres de la Convención Tripartita. España e Inglaterra aceptan la prórroga que les pide México, pero Francia decide seguir adelante con un plan que se enlaza con los intereses imperialistas de Napoleón III. El intento monárquico fracasa y Benito Juárez fusila al emperador Maximiliano, archiduque de Austria, en 1867. En este contexto histórico, el presente estudio tiene el propósito de revisar la configuración de la imagen del presidente Juárez que atrajo la atención mundial al negarse a conceder el perdón a Maximiliano, comparando dos versiones históricas frente a una obra de ficción, de tres escritores nacidos bajo el Imperio austrohúngaro.

Juárez es el único héroe al que se celebra con asueto nacional el día de su nacimiento (21 de marzo) y que recibe homenajes en no pocas representaciones diplomáticas hasta el presente. Su reconocimiento internacional inicia tempranamente. El Congreso de Colombia aprueba un decreto, en plena intervención francesa, que lo declara merecedor del “bien de América”: “Benito Juárez, ciudadano mexicano. El Congreso de 1865 le tributa, en nombre del pueblo de Colombia, este homenaje por su constancia en defender la libertad e independencia de México” (Tamayo 1972, 185). También, el diario español *La Época* registra el epíteto con que se le conocía en Europa desde antes de su muerte: “Juárez, presidente de la república universal” (“Parte política” 1870, 3). La crítica se ha dividido dependiendo del enfoque ideológico, pero también de la simpatía o del rechazo al imperio de Maximiliano de Habsburgo que llegó a México con el apoyo de Francia.

Los hechos quedaron registrados en la historia desde la perspectiva de los sectores involucrados, sin poder evitar la mediación de su punto de vista, el contexto de escritura o los intereses de sus instituciones. No pocos protagonistas escribieron su propia versión, Guillermo Prieto en *Apuntes históricos*, Vicente Riva Palacio en el género periodístico y la novela histórica, Ignacio Manuel Altamirano como novelista e historiador, así como Justo Sierra que, si bien no alcanzó a colaborar con Juárez, lo consideraba símbolo de la grandeza mexicana, según consta en *Juárez, su obra y su tiempo* (1906). Abundan los estudios sobre estos primeros

registros de los hechos, revisiones bibliográficas y de la vasta hemerografía de la época, entre los que destaca *Polifonías sobre Benito Juárez: 1872-2005*, que muestra en detalle algunos debates suscitados entre los historiadores, como el provocado por la obra de Francisco Bulnes, que tenía como principal objetivo “destruir un mito, el del ‘benemérito de las Américas’” (González Navarro 2007, 18), así como la refutación por parte de Hilarión Frías y Soto. Pero hasta el momento, no se ha comparado el discurso histórico de escritores nacidos bajo el Imperio austrohúngaro que, además de haberse difundido ampliamente en español, incidió significativamente en el registro histórico y en la producción literaria de México sobre el tema de la intervención francesa.

Las obras elegidas son *Maximiliano y Carlota* de Egon Corti, estudio biográfico y documental que comprende desde la genealogía y juventud de los futuros emperadores, pasando por la preparación en Europa del proyecto monárquico en México, hasta el regreso del cadáver de Maximiliano. El último capítulo integra las cartas de la Emperatriz donde queda en evidencia su locura, para cerrar con el obituario de Carlota, en 1927. El segundo texto es el capítulo “De Iturbide a Juárez” de la *Historia de México*, escrito por Jan Bazant, correspondiente al décimo del tercer volumen de la *Cambridge History of Latin America*, que consideraremos junto con las referencias a Juárez en tres estudios del mismo autor, sobre historia económica de la época de la intervención francesa. Como señala el título de la versión inglesa, el capítulo comprende la historia de “Mexico from Independence to 1867”, año del fusilamiento de Maximiliano. El tercer texto del corpus es el drama *Juárez y Maximiliano* de Franz Werfel, que servirá para contrastar la ficción con los discursos históricos. Esta obra comprende los dos últimos años de Maximiliano en México y termina con la muerte del Emperador.

Las tres obras se han difundido ampliamente en español y en México, particularmente. Los textos de Corti y de Werfel llegaron tempranamente a manos de escritores como Rodolfo Usigli (*Corona de sombra*, 1943) y Fernando del Paso (*Noticias del Imperio*, 1987), que los usaron como fuentes documentales para sus obras, y los libros de los tres autores han servido de referencia para historiadores, entre los que se encuentran Josep Miquel (*El General Prim, en España y México*, 1949), Frank Knapp (*Sebastián Lerdo de Tejada*, 1962) y Luis González (*La economía mexicana en la época de Juárez*, 1972). Gracias a sus traducciones, no pocos lectores tuvieron un primer contacto con la historia de México de esa época. Pero nuestro estudio se centra en la figura de Benito Juárez, héroe mexicano por antonomasia. ¿Qué imagen se debería dar de Juárez, con énfasis en su origen étnico

y en su superación personal o en la trascendencia de sus hechos? En cuanto al problema de la escritura de la historia, ¿qué tanto se diluyen los límites entre el discurso histórico y el de ficción, en qué medida se imbrican lo histórico y lo literario? Para responder a estas cuestiones, revisaremos la configuración de los personajes y el estilo del lenguaje que evidencian una particular intención cuando rebasan el límite de imparcialidad de lo histórico, considerando las propuestas teóricas sobre el registro de la historia, especialmente de Hayden White y Paul Ricoeur.

## MARCO TEÓRICO

A través del discurso de los hechos (narración), la historia adquiere la capacidad de representar el pasado como memoria de lo sucedido. Pero dicho discurso no solo implica los hechos acaecidos, sino que impone e interpone su complejidad y su capacidad de configuración entre lo que fue y lo que se lee en el texto, poniendo “en juego la cuestión de la verdad de la historia” (Ricoeur 1995, 167). Roland Barthes reflexiona sobre la significación de la historia, una vez que los hechos pasan de la crónica (enlistado en series cronológicas) al discurso, donde adquieren un revestimiento con valor indicial que va más allá del manejo del lenguaje, de tal forma que las unidades de contenido pueden recibir una fuerte estructuración, no solamente del léxico, “sino de la temática personal del autor” (Barthes 1967, 170). En esta dirección, Hayden White argumenta “que una aproximación crítica a la historia del escrito (discurso) histórico debería distinguir entre el fenómeno del pasado y las representaciones de aquellos fenómenos en una narrativa histórica” (2003, 51). Señala además que los historiadores, mediante sus investigaciones, “tratan típicamente de determinar no sólo *lo que ocurrió*, sino el *significado* de este acontecer” (2003, 51 cursivas del texto), razón por la cual recurren a la narrativización como la principal forma para imponer un propio significado a los acontecimientos históricos: “Es una ilusión pensar que los historiadores sólo desean contar la verdad acerca del pasado. Ellos también quieren, lo sepan o no, [...] dotar al pasado de significado” (2003, 51-52), concluye White. Por su parte, Paul Ricoeur dialoga con la tesis de *Metahistoria*, aunque difiere de la propuesta de Hayden White cuando éste afirma que prácticamente es imposible la distinción entre narrativas de ficción y narrativas históricas, al considerar que las últimas son “ficciones verbales cuyos contenidos son tanto *inventados* como *encontrados* y cuyas formas tienen más en común con sus homólogas en la literatura que con las

de las ciencias” (White 2003, 109 cursivas del texto). Ricoeur subraya que el afán por la verdad del discurso histórico lo convierte en algo distinto del artificio literario, argumentando que “el historiador no es un simple narrador: da las razones por las que considera a un factor *más que a otro* como la causa suficiente de un curso de acontecimientos.” (Ricoeur 1995, 305 cursivas del texto). En 1937, Alfonso Reyes había señalado adelantándose a la discusión: “La historia también tiene un lenguaje, mucho menos riguroso y –para decirlo en una palabra– más bien literario.” (1959, 112). Sobre estas premisas teóricas se basa el estudio de dos obras de carácter histórico y de una obra dramática, que integran nuestro corpus.

## JUÁREZ, EL INDIO INDOMABLE

El primer texto data de 1933, *Die Tragödie Eines Kaisers*, traducido como *Maximiliano y Carlota (tragedia romántica)*, en 1943. El historiador Egon Caesar Conte Corti (1886-1953), nacido en Zagreb capital de la actual Croacia, pertenecía a la nobleza de Lombardía lo cual le permitió el acceso a documentos del archivo secreto mexicano resguardado en Viena, así como a la correspondencia de Maximiliano y Carlota, y de otras personalidades que estuvieron cerca del archiduque durante su efímero imperio (Corti 1943, 297). Obra biográfica en principio, su primera versión se publicó en 1924 y sirvió de fuente para el drama de Franz Werfel, según reconoce el autor: “*Maximiliano y Carlota de México*, una obra nueva que ha llegado a ser preciosa para mí por su abundante material de cartas, documentos y citas” (2002, 131). Pero Corti nunca viajó a México. De ahí, el contraste de la historia bien documentada sobre la organización en Europa para instaurar el Segundo Imperio Mexicano, frente a los escasos datos sobre México y de Juárez como presidente durante la resistencia. Por su desconocimiento del territorio y de la cultura afirma, por ejemplo, que Zacatecas “era una población muy cercana a la capital” (Corti 1943, 250), aun cuando median más de quinientos kilómetros entre ambas ciudades, y confunde el origen étnico de Juárez: “El corazón de aquel descendiente de los aztecas permanece duro: de su parte no vendrá la salvación” (Corti 1943, 279). Sin embargo, no se trata solo de errores de información, sino que el discurso rebasa lo histórico mostrando una visión degradada de los mexicanos basada en fuentes indirectas, “pueblos –como decía mordazmente el embajador inglés– habitados por dos indios y un mono” (Corti 1943, 65), aunque en otros momentos no se aclara de dónde proviene, como en la descripción de la llegada de Maximiliano y Carlota a la capital, en 1864:

El recibimiento fue cordial y ridículo a la vez. No puede ser calificado de otro modo. Algunos centenares de vagos, aguadores, muchachos callejeros y gente de parecida calaña, *corren* ante el coche imperial enarbolando una larga caña de azúcar con un trapo colgado, que quiere ser una bandera. *Van gritando*: “¡Viva el Emperador!”. Por un real más *hubiesen gritado*, sin duda, “¡Muera!”. Bandas de música, reclutadas en todas las tabernas, indios medio desnudos tocando instrumentos de viento, *arman* una bulla infernal. Una verdadera orquesta de gatos. (Corti 1943, 98 cursivas nuestras)

El estilo del discurso pierde en objetividad, la narración cambia al tiempo presente (“corren”, “van gritando”, “arman”), incluye un juicio (“hubiesen gritado”) y el autor no oculta su desprecio por la nación mexicana. De hecho, desde los títulos de ciertos capítulos se percibe un dramatismo que se acerca a la ficción: “VI. Seducciones, lisonjas, intrigas y castillos en el aire”, “XV. Ilusiones peligrosas”, “XVII. Los últimos estertores del Imperio”, “La aventura guerrera de Méjico”, donde dicha “aventura” es la Batalla de Puebla del 5 de Mayo, ganada por México al inicio de la intervención francesa.

El retrato de Juárez que se incluye desde las primeras páginas resume la intención del discurso de Corti sobre el Presidente:

Benito Juárez, un hombre de pura ascendencia india [...]. Él mismo se decía con orgullo un “verdadero azteca”, y había crecido en las más miserables condiciones. [...] Llegó a contar doce años sin saber leer ni escribir. [...] Al llegar a la edad viril, dio muestras de un carácter duro y dominante hasta la crueldad. Ofrecía un aspecto exterior casi repulsivo para una sensibilidad europea. Aquel hombre pequeño y cuadrado, con una cabeza voluminosa, aplastada por encima, cubierta de lacias guedejas negrísimas, con sus ojos astutos y fríos y una mancha roja en la cara. (1943, 38 comillas del texto)

El discurso se refiere a Juárez recalcando su origen indígena –“aquel indio, duro, colérico”, que aprovecha para compararlo con Maximiliano: “el Emperador no posee una visión clara del carácter duro e inflexible de Juárez, y no puede, por lo tanto, imaginar qué abismo infranqueable se abre entre él y aquel indio” (Corti 1943, 71 y 149)–, y desde ahí se deriva la caracterización repetida a lo largo del discurso. Solamente en una ocasión los atributos tienen connotación positiva: “La voluntad del Presidente dura, tenaz, inflexible, de superar aquellos tiempos.” (Corti 1943, 72). Sin embargo, el tono predominante es de desprecio y llega a su máximo cuando se acerca el episodio del fusilamiento:

Para el indio Juárez significa un gran triunfo que el orgulloso descendiente de uno de los más antiguos e ilustres linajes reales de Europa, entre cuyos antepasados se cuenta el vencedor del Imperio de los aztecas, Carlos V, haya de solicitar humildemente una entrevista con él, un hombre descendiente de aquella raza vilipendizada y esclavizada. (Corti 1943, 274)

En la cita anterior, el discurso cambia al tiempo presente y asume un tono abiertamente crítico (racista), sumado al dato de la colonización española. El historiador Martín Quirarte afirmó: “Me subleva [...] que se publique un libro como *Maximiliano y Carlota* de Conte Corti [...], escribió con parcialidad notoria y con profundo desprecio hacia México y los mexicanos” (1965-1966, 411). Corti reconoció haber modificado las fuentes documentales: “En los documentos y cartas he acertado algunos pasajes e introducido en otros ligeras modificaciones que no afectan en nada a la verdad histórica ni deforman el texto.” (1943, 297). No obstante, su afirmación es difícil de sostener ya que, en términos de estilo, su obra termina como un drama entre actores históricos, como ocurre cuando la princesa Salm-Salm pretende sobornar a algunos militares, a fin de liberar a Maximiliano que había sido capturado y sentenciado a muerte:

“Acompáñeme usted a casa”, le dijo a éste en cierta ocasión. Así lo hizo el militar y ella lo condujo a su dormitorio.

“Deme usted su palabra de honor, coronel, de que a nadie contará cuanto oiga y suceda aquí”. Vacilando le tiende el hombre su mano derecha.

“Coronel, le ofrezco cien mil pesos si participa en nuestro plan de liberación”. Palacio calla, sorprendido, pero la Princesa prosigue: “¿No es suficiente esta suma? Aquí estoy yo para lo que falte”. Y la bella princesa comenzó a desnudarse. Conturbado hasta lo más hondo Palacio se dirige a la puerta. Está cerrada. (Corti 1943, 276 comillas del texto)

El discurso de Corti cambia de la narración en estilo indirecto al estilo directo, donde el narrador representa las palabras exactas del actor histórico, reservando para la voz narradora los detalles del momento y precisando acotaciones teatrales, “vacilando”, “mano derecha”, “calla, sorprendido”, “se dirige a la puerta”, con lo que se asemeja al drama. La narratología señala que “cuando en el texto aparece el estilo directo, es como si el narrador transfiriese provisionalmente su función a uno de los actores”, característica que “es también aplicable a los textos dramáticos” (Bal 1990, 15-16). De hecho, la misma escena se encuentra en el drama de Franz Werfel, pero en lugar del coronel será el general Díaz quien reciba la proposición:

PRINCESA SALM-SALM: (*Corre sollozando de un lado para otro [...], arregla el cabello y busca un espejo*): [...] ¡Míreme usted, Porfirio Díaz!... Dicen que soy hermosa... deseable... Estoy dispuesta a todo con cualquier traidor...  
 PORFIRIO DÍAZ: Cállese usted, señora, no quiero hacerle el ultraje de entenderla. (Werfel 2002, 116)

Hayden White afirma que la historia es una construcción, “un producto del discurso y de la discursivización” (2003, 43), y agrega que el registro histórico toma “su aspecto literario” de la noción de “estilo”. El drama de Werfel se da la libertad de cambiar al actor histórico –coronel Miguel Palacios, Corti simplifica su apellido– por el general Porfirio Díaz que le conviene más a su economía poética. Sin embargo, la semejanza de estilo entre ambas citas es evidente, tanto el discurso histórico como el de ficción incluyen acotaciones sobre actitudes que los personajes debieron asumir en la historia o que debían considerar en escena. Konrad Ratz, también historiador austriaco, destaca el carácter romántico que le imprimió Egon Corti en su obra al personaje de Inés Salm-Salm: “ha idealizado a esta última, convirtiéndola en heroína” (Ratz 2008, 181). Muy posiblemente, Werfel tomó como referencia para esta escena el libro de Corti<sup>1</sup>.

En cuanto al sentido general de su obra, el orgullo nacional hace afirmar a Corti: “Es simplemente grotesco que Maximiliano se empeñe en demostrar a su hermano de Viena la superioridad de Méjico sobre Austria.” (1943, 142). En el discurso histórico de Egon Corti, la perspectiva de los vencidos media en la configuración y el registro de los hechos. Desde una Europa que perdía en condiciones humillantes al hermano del Emperador austrohúngaro y recibía casi enloquecida a su esposa Carlota, hija del Rey de Bélgica, no podía sino afirmarse: “Juárez, el indio indomable” (Corti 1943, 89).

## **JUÁREZ, UN LIBERAL RADICAL, RESERVADO Y NO PRESUNTUOSO**

El segundo texto de nuestro corpus lo conforman el capítulo de Jan Bazant de la *Historia de México*, procedente de la *Cambridge History of Latin*

---

1 La princesa Salm-Salm consigna en sus memorias que “era preciso ganar al coronel Palacios” (1869, 40) que tenía el mando superior en la prisión, al cual trata de seducir con dinero, según consta igualmente en la declaración del coronel Miguel Palacios: “[...] que le era forzoso buscar un porvenir a sus hijos y diciendo esto le ponía en las manos un billete de banco de valiosa suma” (Meléndez 1868, 303).



*America*, editada por Leslie Bethell en once volúmenes (1985-1995) dentro del proyecto de la *Cambridge Modern History*, más las referencias incluidas sobre el tema en sus libros y artículos sobre historia socioeconómica de la época juarista. El historiador checo Jan Bazant Nedoluha (1914-2012) nació en Brno, Moravia, entonces provincia del Imperio austrohúngaro (Staples 2013, 511); “era hombre de pocas palabras [...] pero de muchos libros, leídos y escritos” (Krauze 2012, 12). Bazant llegó a México en 1938, fue uno de los secretarios de Trotsky durante “un año que borró de su propia historia personal, ya que negó sistemáticamente haber tenido algo que ver con Trotsky. Alegó siempre que había llegado a México a finales de 1939, seguramente para proteger su propia vida y la de su familia y amigos.” (Staples 2013, 519-520). Pero pronto se retiró de la política y se dedicó de lleno a la investigación histórica. Se nacionalizó mexicano en 1949 y se desempeñó como profesor e investigador en El Colegio de México (Bethell 1995, XXI), donde comenzó a colaborar desde 1963.

Su capítulo “De Iturbide a Juárez” corresponde al publicado en el tercer volumen por la Universidad de Cambridge, con el título “Mexico from Independence to 1867” (Bethell 1985, 423-470). La perspectiva de Bazant es de clara simpatía por Juárez, aunque no deja de destacar su origen étnico, cuando todavía no era presidente: “Benito Juárez –el único indio del grupo–, que había sido gobernador de Oaxaca y que se había tenido que exiliar por haberse opuesto a Santa Anna en la guerra mexicano-estadounidense. Bajo la influencia de Ocampo, Juárez se convirtió en un liberal radical.” (Bazant 1985, 68).

El discurso de Bazant se interesa por aclarar que fue la Ley Lerdo la que más afectó a la Iglesia enajenando sus propiedades, y no la Ley Juárez que suprimía los fueros militares y eclesiásticos; dicha información la incluye en detalle también en su *Breve historia de México. De Hidalgo a Cárdenas, 1805-1940* (Figuroa Esquer 2012, 25). A finales de 1860, cuando México se prepara para elegir presidente luego del triunfo sobre los conservadores, entre los líderes liberales se contaban cuatro candidatos:

Melchor Ocampo, Miguel Lerdo, Benito Juárez y González Ortega. Ocampo no buscaba la presidencia [...] y ayudó a Juárez, su protegido, frente a Lerdo, en quien veía un rival. [...] Como autor de las revolucionarias leyes que afectaban a la riqueza de la Iglesia, Lerdo tenía prestigio y autoridad y era popular entre los liberales radicales. (Bazant 1985, 76)

Juárez debía contender en las elecciones. Bazant destaca, entonces, sus virtudes y debilidades como presidenciable, justificando el apoyo de Melchor

## Ocampo:

Juárez podía necesitar tal ayuda porque, a pesar de ser el presidente, algunos le miraban como un segundón comparado con Ocampo y Lerdo. Reservado y no presuntuoso, más tarde se le describió como “no un líder que concibiera e impulsara programas, reformas o ideas. Esta tarea correspondía a los hombres que le rodeaban y él aprobaba o rechazaba su liderazgo”. (Bazant 1985, 76 comillas del texto)

En la cita anterior, se aprecia el rigor con que se recurre a las fuentes consultadas, en este caso, a la de Frank Averill Knapp sobre Sebastián Lerdo de Tejada (hermano menor de Miguel Lerdo). Dicha caracterización provenía, entonces, de este político que acompañó a Juárez en su peregrinaje durante la intervención francesa. Pero el elogio, “reservado y no presuntuoso”, es de Bazant. En un artículo publicado dos años antes, destacaba ya la sobriedad de Juárez comparándolo con Maximiliano:

Juárez llegó a la ciudad de Chihuahua el 12 de octubre de 1864 con la inquebrantable voluntad de resistir hasta el final, pero sin dinero. Hasta el gobierno más modesto –y el de Juárez lo era, en comparación con la corte de Maximiliano y otros gastos imperiales– necesita fondos para seguir funcionando. (Bazant 1983, 561)

La imagen de Juárez se mantiene igual en el resto de sus obras, quizá con más distancia, ya que por su carácter de estudios socioeconómicos no requerían de un perfil tan pormenorizado del Presidente. Bazant se atiene a los hechos y nunca incluye datos biográficos, pero exalta cualidades de su personalidad cuando la ocasión lo permite. Por ejemplo, al afirmar que Juárez consideró “como deuda de honor” el pago de ciertas confiscaciones, deuda que “en un tiempo relativamente corto quedó amortizada más o menos a la mitad” (Bazant 1968, 98) y que, en cambio, “desconoció la deuda contraída por Maximiliano en Miramar y en París” (Bazant 1968, 106). Esta misma información se repite matizando las palabras según los actores: “México repudió las astronómicas deudas contraídas por Maximiliano en Miramar y en París”, a la vez que “Juárez sí reconoció el monto del empréstito como estaba antes de la intervención” (Bazant 1968, 236). Mientras que el país es quien ‘repudia’, Juárez ‘reconoce’ la deuda anterior y ‘desconoce’ la de Maximiliano. Sobre la reanudación de las relaciones entre México y Francia, señala:

Por el lado de Francia, existían los antecedentes de la intervención que México no había olvidado aún, porque estaban para recordárselo las

declaraciones de Juárez respecto a los motivos que lo llevaron al rompimiento de las relaciones y a la nulidad de los tratados internacionales, así como al principio de dignidad marcado por él mismo, según el cual el primer paso para llevar a cabo la reanudación de relaciones “debía esperarse a que lo dieran las naciones complicadas en el atentado de la intervención de 1861”. (Bazant 1968, 120 comillas del texto)

De nuevo, el entrecomillado remite a la fuente consultada que ahora pertenece a Salvador Quevedo Zubieta, diputado durante el gobierno de Juárez, aunque la frase sobre el “principio de dignidad marcado por él mismo” es de Bazant y podría interpretarse dentro de la preconcepción de la forma que debe adoptar el discurso histórico (White 2002, 31) y de la atribución del autor de escribir sobre “el interior de las almas” (Ricoeur 1996, 870), rasgos que acercan lo histórico a la ficción. Entre las reconstrucciones o posibilidades de la historia que desarrolla el discurso de Bazant, encontramos la posición de Juárez frente a la confiscación de los bienes clericales:

*Es probable que el presidente Juárez hubiera preferido evitarla o, si esto fuese posible, aplazarla hasta el fin de la guerra [...], sobre todo porque no parecía prudente declarar una confiscación total, ya que esto habría podido herir los sentimientos religiosos populares y así prolongar la guerra. (Bazant 1977, 182 cursivas nuestras)*

Ricoeur afirma sobre este recurso subrayado en la cita anterior que “una de las funciones de la ficción, unida a la historia, es la de liberar retrospectivamente ciertas posibilidades no efectuadas del pasado histórico” (1996, 916), como ocurre con la proposición de Bazant. Las conjeturas de la cita no son arbitrarias. Bazant remite a la fuente del discurso incluyendo páginas exactas, se trata de *Juárez, su obra y su tiempo*. Justo Sierra analiza el papel de Juárez como autor de la Reforma en dos momentos que podrían parecer contradictorios. Sierra afirma que fue el autor de la Reforma: “Lerdo, Ocampo y Ruiz, que tuvieron la pluma, eran los secretarios de Juárez, su papel era ése, el del Presidente era profesar la idea, [...] escoger la oportunidad de darle forma [...], ése fué un acto de hombre de Estado” (Sierra 1906, 162). Pero antes, ciertamente, expresa la idea de esperar el mejor momento para la promulgación: “Juárez se encaminó a evitar que la Reforma perdiese su carácter puramente político, cambiándolo por otro religioso que habría puesto en contra suya, por debajo de los vociferadores y los delirantes, una incontenible, enorme corriente de sentimiento popular.” (Sierra 1906, 156). Si bien la Ley Lerdo databa de junio de 1856, cuando el conservador Zuloaga llegó a la presidencia,

“abolió la Constitución y todas las leyes decretadas por los liberales que afectaban los privilegios del clero y del ejército, así como la Ley Lerdo” (Figueroa Esquer 2012, 31), razón por la cual era necesaria su nueva promulgación.

De igual manera, cuando Bazant incluye la crítica por parte de los conservadores sobre la legislación reformista, el discurso agrega: “Las leyes de Reforma algo debían valer cuando el gobierno de Maximiliano las adoptó.” (1977, 286). Aquí nos encontramos ante una “ironía intrínseca” que subvierte el resultado de lo que tradicionalmente se había afirmado como ‘malo’: las leyes de Reforma, en este caso. Sobre la “ironía intrínseca”, White parte de la historia de la conciencia humana que “describe un proceso en que la *imaginación* original del mundo en términos de las categorías ‘bueno y malo’ da lugar a distintos modos de *conceptualizarlo* sobre las categorías ‘bien y mal’, por un lado, y de ‘causa y efecto’, por el otro” (2002, 353-354 cursivas y comillas del texto). Ricoeur advierte también sobre el uso de la ironía, señalando que “el recurso a la topología corre el riesgo de borrar la frontera entre la *ficción* y la *historia*.” (1996, 860 cursivas del texto).

La crítica ha reconocido a Bazant como un historiador riguroso y sin compromisos. Su discurso, sin embargo, no deja de lado un cierto estilo que rompe el rigor historicista, como cuando señala: “Juárez rehusó reconocer la responsabilidad de los actos del gobierno conservador: él simplemente no tenía dinero” (Bazant 1985, 77). La segunda parte de la cita era prescindible en un discurso histórico. Pero la frase le sirve al autor para caracterizar a Juárez destacando su sentido práctico y su sencillez humana.

## **DON BENITO JUÁREZ PARECE UN MITO**

El drama histórico *Juárez y Maximiliano* (1924), del checo Franz Werfel (1890-1945), es el tercer texto de nuestro corpus de estudio. Poeta, dramaturgo y novelista, “Borges lo leyó con admiración sostenida” (Aranda 2012, 7). Sergio Pitol comenta que en “el Café Arco, uno de los recintos sagrados de la literatura de entreguerras [...] Franz Kafka se reunía con sus mejores amigos: Franz Werfel, Max Brod [...]. Todos ellos jóvenes judíos de familias más o menos pudientes, escritores en lengua alemana, formaban el segmento praguense de la escuela de Viena” (2000, 16). Werfel “es uno de los primeros poetas a favor del expresionismo. En sus años vieneses -1918-1925- se dedica a la poesía y al drama, géneros

característicos de este movimiento. [...] A Praga y a la idea imperial de los Habsburgo está destinado el sentimiento de nostalgia de sus primeros trabajos” (Saliva 2000, 10). Justamente, en los años veinte escribe *Juárez y Maximiliano*.

Enrique Jiménez, profesor de teatro y amigo de Rodolfo Usigli, tradujo la obra tempranamente al español, en 1931, y “en México alcanzó una permanencia de seis meses en las carteleras” (Usigli 2010, 7). Se publicó con un estudio de Puig Casaurac, “Juárez. Una interpretación humana”, que en 1928 había servido de prólogo a la correspondencia entre Juárez y su yerno, Pedro Santacilia (B.D. 1931, 440). La traducción argentina apareció en Buenos Aires, en 1946, y llevaba un prólogo de Borges (1988, 35-36), incluido en la edición consultada para nuestro estudio, la cual conserva la versión mexicana.

El drama comprende únicamente “del otoño de 1865 al verano de 1867 en México” (Werfel 2002, 5) y termina con la muerte de Maximiliano. Desde el primer acto que ocurre en la oficina de Juárez en Chihuahua se reconoce la legitimidad del gobierno mexicano: “Sede del gobierno del ciudadano presidente Benito Juárez en Chihuahua, en el norte de México” y la decoración lo confirma: “cartelones, manifiestos y edictos, que siempre terminan con el grito de guerra en mayúsculas ¡Viva la República Legal!” (Werfel 2002, 7). Este primer elemento a favor de la imagen de Juárez se complementa con la frase inicial, en voz del periodista norteamericano: “¡Rayos y truenos! ¡Señor, el muy ilustre don Benito Juárez parece un mito!” (Werfel 2002, 7). Maximiliano se referirá también a Juárez sin poder definirlo: “Él es él...” (Werfel 2002, 49). En el prólogo, Jorge Luis Borges destaca el carácter mitificado de Juárez, al punto que nunca aparece en la escena (2002, XI). La apertura de la obra resulta significativa, ya que justamente la posición de Estados Unidos fue decisiva para el triunfo de la República. Pero es más destacable la estrategia dramática de no representar a Juárez:

Werfel es un dramaturgo de técnica segura. Comprendiendo que no podría comprimir en su pieza todas las facetas del drama, redujo sus proporciones, y, dando prueba de gran habilidad y malicia teatral, logró que la figura de Juárez fuera el eje de todo, el centro del movimiento, sin hacerla aparecer una sola vez sobre la escena. (Usigli 2010, 7)

El autor consideró respetar la historia en todo lo posible y así lo explica en las observaciones finales: “La verdad histórica se ha conservado severamente en estos cuadros.” (Werfel 2002, 131). La reseña de la traducción en México también se refiere a este carácter particular: “Salvo alguna

elasticidad histórica la obra en total es magnífica” (B.D. 1931, 440). Werfel cita las principales fuentes consultadas, obras históricas sobre la época con preferencia en los estudios sobre Maximiliano y Carlota, de autores que coinciden en su nacionalidad austrohúngara. Destacan las memorias de Samuel Siegfried Karl von Basch (*Recuerdos de México*, 1868), médico personal de Maximiliano en México, convertido en actor dentro de la obra; tres libros de Ernest Ritter Schmit von Tavera (*La tragedia del Emperador de México*, 1903; *Las anotaciones de un testigo presencial*, 1903, y la *Historia del reinado de Maximiliano I*, 1923), embajador austrohúngaro en los Estados Unidos de 1887-1894, más la primera versión de *Maximiliano y Carlota* del conde Corti. El embajador Tavera obtuvo “el permiso para realizar el procesamiento histórico de los últimos años de la vida del difunto emperador Maximiliano. [...] Mientras Tavera ponía su enfoque en la historia de gobernación y organización en el Segundo Imperio, Conte Corti se comprometía en un estudio biográfico con acento especial sobre los acontecimientos políticos” (Galeana 2011, 15).

Aquí nos interesa considerar el discurso en términos de la configuración de la imagen de Juárez, además de revisar la cuestión histórica. En el drama de Werfel, al tiempo que se le exalta llamándolo siempre “don”, “señor”, “ciudadano presidente”, se incluye en el cuadro primero su humilde origen y su etnia:

[...] De humildes pastores desciende él, nuestro presidente. Al chicuelo se le escaparon las vacas y pisotearon un trébol. Se escapó y se fue al pueblo próximo. Es que su gente era muy dura con él. Se quedó parado en la plaza lamentándose con sus pobres palabras indígenas; el niño... no sabía hablar otra lengua. (Werfel 2002, 11)

El tono del discurso es de lástima, acentuado por la suspensión para enunciar que era indígena monolingüe. Pero en el mismo cuadro recupera su prestigio con las alusiones de sus generales: “Benito Juárez no se pliega a situaciones ambiguas. Está acostumbrado a llegar al fondo del destino”, “Juárez es un profeta!” (Werfel 2002, 17-18). El discurso de Maximiliano es igualmente de gran admiración por Juárez. El Emperador se autodefine poseedor “[d]el misterio del amor cristiano hacia los enemigos” y agrega: “Adoré a Juárez” (Werfel 2002, 28). Sin embargo, en diálogo con Carlota no tiene reparo de expresar: “Juárez es indio”, frase que se repite en boca de otros personajes del bando monárquico, “frente al indio Juárez”, “tendría que reconciliarlo con el indio Juárez” (Werfel 2002, 40 y 113).

La imagen del Presidente se representa según el carácter de cada personaje,

de tal forma que el obispo Labastida se referirá a Juárez como “archicriminal” y “profanador de iglesias” (Werfel 2002, 38-39). Si consideramos la cantidad de personajes incluidos por bando, tendríamos que los monárquicos representan el triple de los republicanos, con lo cual la imagen de Juárez se vería en desventaja en cuanto a las opiniones. Pero no todos sus enemigos hablan en contra. Herzfeld, por ejemplo, consejero de Maximiliano y su amigo desde la infancia, se refiere al Presidente con mucho respeto y hasta con cierto temor:

HERZFELD: Juárez es un extraño poder. [...] No se sabe nada de él. En ninguna parte se encuentra su imagen. Ningún dicho suyo se relata. Detrás de unos cuantos secretos desaparece el más impersonal de los personajes, y pese a esto, se oye tronar en la lejanía. ¡Las cataratas del Niágara! El hombre no es de este siglo. (Werfel 2002, 28)

Aunque Borges señala que “Juárez es de algún modo la conciencia del triste emperador” (2002, XI), es Herzfeld quien enfrenta a Maximiliano y lo cuestiona: “(Con ira): ¡Juárez! Siempre volviendo a su ídolo Juárez y tratando de conquistarlo. ¡Qué idea teatral!” (Werfel 2002, 77). Por su parte, el doctor Basch cita el apoyo que recibe de Estados Unidos, “treinta mil yanquis se pronunciaron en favor de Juárez” (Werfel 2002, 57), y hasta el general Bazaine reconoce sus cualidades: “Juárez se maneja tan bien que desespera. Esta huida fue una maniobra condenadamente astuta” (Werfel 2002, 54). Carlota inclusive, el personaje que más odia a Juárez, reconoce su poder: “Quiere destronar toda tu pureza para que se le adore a él. [...] ese amable corruptor de almas...” (Werfel 2002, 59). Porfirio Díaz expresa la definición última del Presidente, contrastándola con el carácter de Maximiliano a quien se refiere irónicamente como “el apóstol”:

[...] Don Benito Juárez no tiene pasiones. Por eso nada puede sobornarle. Él no hace lo bueno, sino lo acertado, y de eso lo único que resultan son buenas consecuencias. El apóstol, en cambio, el “ser hermoso”, promulga el decreto del tres de octubre. Varios miles de mexicanos son ejecutados... Ahora cayó él mismo en el lazo de su decreto. Le ruego que saque las conclusiones claras y justas. (Werfel 2002, 113-114 comillas del texto)

La obra termina con un epílogo en el que Juárez acude para certificar la muerte de Maximiliano. En este último cuadro hay un encuentro desigual de dos grupos. Los monárquicos representados por tres actores, la princesa Salm-Salm, el doctor Basch y Herzfeld, y en el otro lado, Juárez y el

pueblo denominado como “La multitud”, también invisible en la escena. Mientras que el médico culpa a Juárez, “¿Por qué viene el asesino?”, Herzfeld lo defiende, “Juárez no hace nada más que lo que es necesario.” (Werfel 2002, 129). La princesa tiene la tarea de describir la llegada de Juárez a la iglesia de las Capuchinas, donde se vela el cadáver. Mientras la multitud lo aclama, “(*Rugiendo*): ¡Juárez! ¡Juárez! ¡Juárez!”, la princesa les dicta el retrato del Presidente: “¡Aquí está! Un viejo pequeño... Le sienta mal el traje... anda con cuidado...”; Basch pregunta por el rostro de Juárez, “¿Cómo es la cara?”, la princesa responde, “Cortés y tranquilo... pero él no ve a nadie..., nadie se atreve a acercársele” (Werfel 2002, 129). Es evidente que no hay respuesta para la pregunta del médico. Nadie conoce realmente el rostro de Juárez. La princesa añade: “Juárez es el grande y auténtico señor de estos tiempos”. Y en contraste con el nombre de Maximiliano murmurado por la princesa en su última intervención, la multitud grita: “(*Legando al paroxismo*): ¡Juárez! ¡Juárez! ¡Juárez!” (Werfel 2002, 129), al tiempo que se oye La Chinaca, un canto antiimperialista del pueblo mexicano en la época de la intervención (Mendoza 1982, 286), y cae el telón.

La crítica implícita del discurso se percibe a través de varios personajes. Porfirio Díaz, por ejemplo, afirma: “Nuestro triunfo hiera en el corazón al viejo y podrido orden social del mundo entero. Que protesten los espectros de la nobleza y el dinero. Aquí y en todas partes mueren envenenados con su propia carroña.” (Werfel 2002, 115). El triunfo sería la muerte de Maximiliano como representante de dicho orden social, frente a la configuración de Juárez como mito representativo del nuevo orden de la legalidad. Ricoeur dice sobre la ficción a diferencia de la historia: “las experiencias-límite [...] jalonan los confines del tiempo y de la eternidad. La ficción tiene, además, el poder de explorar otra frontera, la de los confines entre la fábula y el mito” (Ricoeur 1996, 830). Pero ¿en qué medida realmente se trata de la mitificación de Juárez? Hemos visto la representación de actores que se mantienen a distancia de los que no son sus iguales, ya sea por posición social o por cuestiones de raza. ¿En qué momento se supera la historia para proponer un nuevo mito (Juárez) o un nuevo orden social, si la multitud que aclama al Presidente no es más que una masa casi enloquecida observada por tres personajes (ellos sí individualizados) de la clase social más alta y del bando monárquico?

Esta obra dramática se cita como documento histórico en el estudio de Moisés González Navarro: “Franz Werfel escribió que Juárez, aun con todo su patriotismo, no llegó a la locura de afirmar el triunfo de la República en caso de que Estados Unidos reconociera a Maximiliano



y destacó el valiosísimo servicio que la República recibió con la frialdad de Estados Unidos para Napoleón III.” (2007, 59). En ningún momento el historiador aclara que se trata de una obra de ficción. Werfel aseguraba haber respetado “la verdad histórica” y así lo reconocieron los historiadores.

## **EN TODA LA CIUDAD ONDEAN AHORA LAS BANDERAS ENEMIGAS**

Al caer Querétaro, los liberales aprehenden a Maximiliano y a sus tropas: “En toda la ciudad ondean ahora las banderas enemigas”, afirma Egon Corti (1943, 269). El discurso no puede ser más equívoco. Si Querétaro se localiza en México, “las banderas enemigas” debían ser las del imperio y no las mexicanas que el autor califica como de “enemigas”. Hayden White afirma que el lector que sigue la narración del historiador gradualmente percibe que el discurso tiene un particular estilo, “tragedia, comedia, sátira, épica”, con lo cual “experimenta el efecto de que los acontecimientos del relato le han sido explicados” (2003, 116). Con el discurso de Corti ocurre algo semejante. El hecho histórico se comprende desde el punto de vista del autor: las banderas enemigas no son las imperiales sino las mexicanas, aunque el lugar de la acción sea la ciudad de Querétaro.

Alfonso Reyes recomendó la lectura del libro de Corti en su ensayo “Un eclipse humano” (1944), del cual se imprimió una buena parte en la contracubierta de la reedición, en 1971, del Fondo de Cultura Económica: “Por primera vez se incorpora a la ya importante bibliografía del asunto la documentación secreta de ciertos archivos europeos, y singularmente del que dejó el propio Maximiliano”. Esta frase inicia la interpretación que hace Reyes del libro, donde no tarda en aparecer la crítica contra los actores del escenario europeo que encuentra en la historia de Corti:

Se diría que una epidemia de estupidez cundió por los tronos de Europa. Napoleón III parece un monigote patético [...]. Francisco José es un inhumano egoísta que juega en albur el destino de su hermano [...]. El viejo zorro de Bélgica, Leopoldo I, padre y suegro de todos los tronos de Europa, sufre un eclipse inexplicable [...]. El archiduque Fernando Max [...] no puede ser absuelto. No es verdad que haya sido engañado. [...] Se enamoró de su juguete explosivo, con una terquedad pueril que no hace honor a su inteligencia. [...]. Las figuras más detestables del cuadro (el colmo de la ignominia) son, por supuesto, los mexicanos expatriados, que preparaban para su país un festín de sangre, con sus manos lavadas y dándose la gran vida en Europa. (Reyes 1944, 12)

Ciertamente, se critica con dureza a todos. Aunque Reyes no incluye en su ensayo el juicio del austriaco sobre Juárez, resume lo que el lector interpreta mediante este discurso que pierde en lo estrictamente histórico al asumir la postura crítica que censura y juzga las acciones y a sus actores. En el toque final de Corti a la imagen de Juárez, destaca el pundonor europeo agregando nuevamente detalles que lo configuran con un carácter propio de un personaje de su drama histórico:

La condena del monarca ofrece además al orgulloso indio una ocasión excepcional para dar simbólicamente con el puño en el rostro a todos los soberanos europeos y al propio principio monárquico, que tuvo la osadía de querer intervenir en los destinos de Méjico. [...] Juárez se goza ahora en la humillación de Europa. (Corti 1943, 278)

El juicio de la última frase rebasa la objetividad histórica. El narrador de este discurso se permite, en la cita anterior, enunciar palabras que no podrían ser perceptibles para el resto de los presentes en el ‘hecho histórico’, y “si el narrador quiere mantener la ficción de que relata hechos verdaderos, no podrá nunca representar otros pensamientos de actores más que los suyos propios.” (Bal 1990, 142). Además, el estilo alegórico del párrafo citado nos lleva a lo que White señala como “caracterización metafórica del mundo” (2002, 245).

¿Y qué tipo de banderas contempla el drama histórico? Franz Werfel reconoció la autoridad del trabajo de Corti entre sus fuentes consultadas, y bien pudo haber notado el error de información del discurso sobre la etnia a la que pertenecía Juárez:

CLARK (*Deja de pasearse*): Don Benito Juárez es indio. ¿No es verdad? ¿Azteca?

ELIZEA: Azteca. Sí lo es, y de la más pura estirpe.

CONCEJAL (*Perplejo, porque su cerebro elemental se ve forzado a una definición*): Los aztecas son muy pacientes, pero la sangre de los zapotecas es la más fría. (*Se queda en silencio, asombrado de haber podido formularla*). (2002, 10)

Se corrige el error del origen étnico, pero Werfel caracteriza con marcado desprecio al personaje del Concejal, igual que hiciera Corti con Juárez. El Concejal es indígena y las acotaciones que representan el discurso del autor destacan que su actuación debe reflejar “su cerebro elemental”, para terminar con asombro por haberse podido expresar a pesar de su torpeza. La intención se repite en la acotación que describe a Mejía y en la alocución correspondiente:

GENERAL TOMÁS MEJÍA (*Un azteca apagado e infantil de mediana edad, avanzada*): ¡Mi amo y señor! Yo, general de Vuestra Majestad, Tomás Mejía, soy indio. Ése es el pesar de mi vida. Ansioso miro a los hombres superiores, a los hombres blancos. Mis hermanos son feos y desmedrados. Los desprecio. Será una ayuda para ellos el dejar de existir.

MAXIMILIANO: ¡General! ¿Su hermano Juárez habla como usted? (Werfel 2002, 40-41)

El discurso destaca el hecho de ser indígena con menosprecio, aunque se trate aquí de uno de los generales más leales a Maximiliano. Pero acaso la intención a subrayar se encuentre en la respuesta del monarca, donde se refiere a Juárez por su origen étnico. El general Mejía será fusilado con el Emperador y este sacrificio no obsta para que el monarca deje de remarcar su origen racial: “¡Ay de ese pobrecito indio Mejía!” (Werfel 2002, 121). La intención del autor se hace presente en las acotaciones y en la configuración de los actores. Maximiliano admira a Juárez en esta obra, pero hay contradicciones en el discurso que nos permiten cuestionar dicha admiración.

Werfel trató de ser fiel a la historia desde su propia perspectiva de la realidad, postulada en uno de sus ensayos: “I should like to postulate an axiom: *without inwardness there can be no external world, and without imagination there can be no reality.*” (1947, 41 cursivas del texto). Sin embargo, el historiador tiene la tarea de construir una imagen coherente, portadora de un sentido único, de una imagen única de los hechos. A diferencia del autor de ficción, “debe poder vincular todos los relatos históricos en un único mundo” (Ricoeur 1996, 844). Y este drama, si bien destaca el carácter quijotesco de Maximiliano por su cristiano y liberal espíritu de entrega que fracasa por oponerse a la legitimidad en estado más puro representada por un mítico Juárez —“(Lee): Maximiliano es un verdadero Don Quijote” (Werfel 2002, 106)—, el discurso “tiene la opinión europea actual sobre la tragedia del Habsburgo que comenzó en Miramar y terminó en Querétaro” (Jiménez 2002, XIV), con la misma marca despectiva de Corti por la raza mexicana: “son bastardos de ramerías indias...¡Con qué chusma tuvimos que juntarnos!...”, afirma el cabo Wimberger del ejército imperial ante Maximiliano. El discurso solo agrega como respuesta del Emperador, que con repugnancia acaba de probar la comida de la tropa: “MAXIMILIANO (*Sobreponiéndose a su asco*): Nadie lucha por mí. [...]” (Werfel 2002, 95), sin agregar ninguna palabra para cuestionar la definición de su cabo. Por el hecho de que en un drama sus héroes son de ficción, “todas las referencias a acontecimientos históricos reales están despojados de su función de representación respecto al pasado histórico, [y] están alineados

según el estatuto irreal de otros acontecimientos” (Ricoeur 1996, 820) y de la intención del autor.

Werfel había reflexionado sobre la xenofobia del europeo: “He importunes anthropology in order to prove that his race excels all others. Everyone knows that the European is a motley mixture in contrast to whom any stray mongrel might feel like a pedigree animal. But slogans and incantations create realities that do not exist.” (1947, 68). ¿A qué imaginario convoca, entonces, cuando marca la distancia racial y social entre los personajes de su obra?

En cuanto al discurso de Jan Bazant, cierra el capítulo “De Iturbide a Juárez” con su valoración sobre la idea de implantar un imperio en México, donde juzga a los mexicanos conservadores:

Visto retrospectivamente, el segundo imperio mexicano aparece como una tragicomedia llena de errores. Los conservadores se equivocaron de hombre. Necesitaban un rey conservador y fuerte para sostener su causa y no a alguien que sólo pusiera obstáculos en su camino. Habría sido mejor haber conseguido un príncipe español ultracatólico. (1985, 80)

El discurso de ficción, a diferencia del histórico, tiene la posibilidad de ofrecer más de un sentido y de construir imágenes en distintos espacios y tiempos. Dicha posibilidad estaría en función de la verosimilitud de la narración, “lo que habría podido acontecer”, considerando “el pasado efectivo” (Ricoeur 1996, 916). En el caso de la anterior cita de Bazant, el discurso rebasa los límites de lo histórico para expresar ese punto de vista que se ubica en el “tiempo humano”, donde se conjugan la representación del pasado histórico y las variaciones imaginativas con base en “las aporías de la fenomenología del tiempo” (Ricoeur 1996, 917). El discurso de Bazant en la *Historia de México* termina exaltando a Juárez: “ahora México contaba con un grupo de hombres capaces de mandar, tal como pronto lo demostrarían, y fueron estos hombres los que se opusieron y derrotaron al imperio” (1985, 81). Pero líneas antes está la referencia a Mejía como “un conservador de origen indio” (Bazant 1985, 80). ¿Había necesidad de descalificar al enemigo de la república también por su condición racial en un discurso histórico?

## CONCLUSIÓN

Los textos más antiguos, de Corti y de Werfel, presentan un discurso histórico-literario que evidencia una falta de conocimiento del pueblo

mexicano y reflejan el sentimiento europeo de la derrota en manos de un país que parecía fácilmente conquistable. Los dos discursos históricos (de Corti y de Bazant) consideraron información sobre Juárez seguramente distinta, pero la configuración tiene en común que no pocas veces rebasa la línea de la historia. Corti expresa abiertamente su repudio por la figura de Juárez. No obstante el reconocimiento de su valor en la defensa de su país, el orgullo europeo se duele más por la derrota frente a un indio. De ahí que esta palabra se cargue de especial sentido: “vivían en aquel tiempo unos ocho millones y medio de hombres, de los cuales un millón eran blancos, tres millones mestizos y cuatro indios puros” (Corti 1943, 35). Los indígenas, simplemente, no contaban. La figura de Juárez se configura a partir del poder que ejerce como presidente de México y defensor de la República. Pero el discurso pierde objetividad cuando pasa de los hechos a la caracterización de un personaje cruel y vengativo, información que no pudo haber provenido de ningún documento histórico: “A través del documento y por medio de la prueba documental, el historiador está sometido *a lo que, un día, fue. Tiene una deuda con el pasado, una deuda de reconocimiento con los muertos, que hace de él un deudor insolvente*”, afirma Paul Ricoeur (1996, 837-838 cursivas del texto).

La obra de Werfel, aunque del mismo año, es posterior a la del conde Corti. El escritor checo se propone rescatar la figura de Maximiliano sin sacrificar la de Juárez. El recurso dramático de ocultar al personaje ‘detrás de la escena’ le permite elaborar un discurso que no pocos interpretaron como mitificador. Sin embargo, el sentido del discurso total muestra un duelo de espíritus patrióticos, dejando en evidencia el prejuicio de raza y de clase que alcanza a tocar la imagen de Juárez y que se proyecta contra los mexicanos vencedores, representados al final como una masa enajenada contemplada por tres europeos aristócratas desde su altura. La princesa Salm-Salm, según dice la última acotación de la obra, “(*Sube los escalones de la derecha y mira por encima de las cabezas de la multitud.*)” (Werfel 2002, 128), en una alusión real a su posición desde lo alto, pero simbólica por la configuración de los personajes.

El discurso de Bazant sería el más imparcial y objetivamente más histórico, en cuanto que tiene a favor la distancia de más cincuenta años respecto de los anteriores. Además, tuvo acceso a archivos oficiales y es el único de los tres que vivió en México y se nacionalizó mexicano. Su discurso se esfuerza por ser fiel a la documentación consultada, la cual reconoce citando textualmente o consignando las referencias. Pero, como dijimos para Werfel, el discurso puede ‘traicionar’ a su autor. Los límites entre el discurso histórico y el de ficción, que comprende intenciones y sentimientos

que rebasan la crónica, a veces se diluyen. En las últimas líneas del capítulo que consideramos para este estudio, incluye una pregunta retórica: “Si Ocampo había sido fusilado, ¿por qué se debía perdonar la vida a Maximiliano? Su sangre azul no hacía el caso diferente” (Bazant 1985, 80). Su juicio clausura la narración de esa parte de la historia mexicana. El escritor checo presenta así el cambio hacia un estilo metafórico y hacia una posibilidad de lo narrado que sobrepasa los límites del discurso histórico.

El lector percibe que el historiador incorpora a su registro de los acontecimientos un particular tipo de configuración que puede ser reconocido como relato por el público para el que está escribiendo (White 2003, 114). Egon Corti escribió *Maximiliano y Carlota* consultando archivos y correspondencia que le permitió su calidad de miembro de la nobleza. La imagen del Juárez de Corti es la de un presidente que, con la convicción de su ideología liberal y afianzado en su férreo carácter de indígena, resiste con todo valor la imposición de un imperio que va contra el derecho mexicano. Franz Werfel escogió otro par de nombres para el título de su obra, *Juárez y Maximiliano*, cediendo el primer término al Presidente mexicano, cuya figura permanece al margen de la escena. La imagen de Juárez es la que describen los personajes. El autor vive la caída de la Austria imperial y expone la realidad de una sociedad europea clasista y decadente. La última escena contemplada por tres personajes del bando derrotado es la de un pueblo que se deja oír con furor nacionalista, imagen que el autor ya no se atreve a mostrar en escena. La configuración de Juárez en la obra de Bazant rebasa también los límites de la historia. Bazant, que llegó a profundizar en el contexto económico del periodo de la Reforma y de la intervención francesa, pudo valorar y admirar el peso de Juárez sosteniendo el Estado de derecho del país que representaba como presidente. Corti afirmó en su obra que “cada mejicano radicado en Europa pintaba la situación y las luchas de su patria según convenía a sus deseos particulares y políticos” (1943, 51). Con la debida distancia, igual podríamos decir de los discursos de estos tres autores nacidos bajo el Imperio austrohúngaro. Los tres discursos muestran que la figura de Juárez era difícil de objetivar por sus solos hechos, de ahí que fuera necesaria la caracterización del personaje, según el contexto histórico y de escritura de cada autor, en un fenómeno que se ha repetido en textos tanto históricos como de ficción cuando se ha tratado sobre Benito Juárez.

## REFERENCIAS

- Aranda Luna, Javier(2012), “Una letra femenina azul pálido,” *La Jornada*, 3 de octubre, México, p. 7.
- Bal, Mieke(1990), *Teoría de la narrativa (Una introducción a la narratología)*, Javier Franco(trans.), Madrid: Cátedra.
- Barthes, Roland(1967), “El discurso de la historia,” *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*, Cristina Fernández Medrano(trans.), Barcelona: Paidós, pp. 163-177.
- Bazant, Jan(1968), *Historia de la deuda exterior de México (1823-1946)*, México: El Colegio de México.
- \_\_\_\_\_(1977), *Los bienes de la Iglesia en México (1856-1875). Aspectos económicos y sociales de la revolución liberal*, México: El Colegio de México.
- \_\_\_\_\_(1983), “Secuestro por infidencia. 1863-1867,” *Historia Mexicana*, Vol. 32, No. 128, pp. 554-576.
- \_\_\_\_\_(1985), “De Iturbide a Juárez,” en Jan Bazant, et al., *Historia de México*, Angels Solà(trans.), Barcelona: Crítica, pp. 43-81.
- B.D.(1931), “Juárez y Maximiliano. Franz Werfel,” *Revista de la Universidad de México*, No. 11, p. 440.
- Bethell, Leslie(1985), *The Cambridge History of Latin America. Volume III. From Independence to [circa]1870*, New York: Cambridge University Press.
- \_\_\_\_\_(1995), *The Cambridge History of Latin America. Volume XI. Bibliographical Essays*, New York: Cambridge University Press.
- Borges, Jorge Luis(1988), “Prólogo a Juárez y Maximiliano,” *Revista de la Universidad de México*, No. 447, pp. 35-36.
- \_\_\_\_\_(2002), “Prólogo,” en Franz Werfel, *Juárez y Maximiliano*, México: Factoría Eds., pp. IX-XI.
- Corti, Egon Caesar(1943), *Maximiliano y Carlota*, Jaime Bofill y Ferro(trans.), Barcelona: Joaquín Gil.
- Figueroa Esquer, Raúl(2012), “El tiempo eje de México, 1855-1867,” *Estudios*, No. 100, pp. 23-49.
- Galeana, Patricia(ed.)(2011), *Impacto de la intervención francesa en México*, México: Siglo XXI.
- González Navarro, Moisés(2007), *Polifonías sobre Benito Juárez. 1872-2005. Vol. 3*, México: El Colegio de México.
- Jiménez Domínguez, Enrique(2002), “Prólogo,” en Franz Werfel, *Juárez y Maximiliano*, México: Factoría Eds., pp. XIII-XVI.
- Krauze, Enrique(2012), “Jan Bazant. Un Conde checo,” *Reforma*, Vol. 19, No. 6,869, p. 12.
- MeléndeZ, Jacinto C.(1868), *Causa de Fernando Maximiliano de Hapsburgo*, México: Imprenta M. Villanueva.
- Mendoza, Vicente T.(1982), *La canción mexicana: ensayo de clasificación y antología*, México: Fondo de Cultura Económica.

- “Parte política”(1870), *La Época. Periódico político y literario*, Vol. 22, No. 6.949, p. 3.
- Pitol, Sergio(2000), *El viaje*, México: Era.
- Quirarte, Martín(1965-1966), “Historia política: siglo XIX,” *Historia Mexicana*, Vol. 15, Nos. 58-59, pp. 408-424.
- Ratz, Konrad(2008), *Tras las huellas de un desconocido. Nuevos datos y aspectos de Maximiliano de Habsburgo*, México: Siglo XXI-Conaculta-INAH.
- Reyes, Alfonso(1944), “Un eclipse humano,” *La nueva democracia*, Vol. 25, p. 12.
- \_\_\_\_\_(1959), “Las frases hechas de la historia,” en Alfonso Reyes, *Obras completas IX*, México: Fondo de Cultura Económica, pp. 112-115.
- Ricoeur, Paul(1995), *Tiempo y narración I. Configuración del tiempo en el relato histórico*, Agustín Neira(trans.), México: Siglo XXI.
- \_\_\_\_\_(1996), *Tiempo y narración III. El tiempo narrado*, Agustín Neira(trans.), México: Siglo XXI.
- Saliva, Alicia(2000), “Introducción,” en Franz Werfel, *Escuchad la voz*, Madrid: Eds. Encuentro, pp. 5-26.
- Salm-Salm, Inés de(1869), *Querétaro. Apuntes del diario de la princesa Inés de Salm-Salm*, E. B. de B.(trans.), México: Tomás F. Neve.
- Sierra, Justo(1906), *Juárez, su obra y su tiempo*, México: J. Balleescá y Compañía.
- Staples, Anne(2013), “Jan Bazant Nedoluha (1914-2012),” *Historia Mexicana*, Vol. 63, No. 249, pp. 511-530.
- Tamayo, Jorge L.(ed.)(1972), *Benito Juárez. Antología*, México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Usigli, Rodolfo(2010), *Corona de sombra. Corona de fuego. Corona de luz*, México: Porrúa.
- Werfel, Franz(1947), *Between Heaven and Earth*, Maxím Newmark(trans.), London: Hutchinson.
- \_\_\_\_\_(2002), *Juárez y Maximiliano*, Enrique Jiménez Domínguez(trans.), México: Factoría Eds.
- White, Hayden(2002), *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, Stella Mastrangelo(trans.), México: Fondo de Cultura Económica.
- \_\_\_\_\_(2003), *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos*, Verónica Tozzi y Nicolás Lavagnino(trans.), Barcelona: Paidós.

Article Received: 2015. 07. 08

Revised: 2015. 08. 11

Accepted: 2015. 09. 18